

poeta, escribe para nadie, en nombre de nadie, sin otra red que la de la militancia con el abismo, la que duele, la que arde, la que arrasa.

*Clus* es una *caja de herramientas* que para abrirla hay que tener las agallas suficientes para soportar la belleza cruda que os delatará, que os hablará de vuestra condición y os tendréis que hacer cargo.

Si *alguien dice* o habla acerca de la ciudad y sus pretéritos, ese es Álvaro Muñoz Robledano en *Clus*, el poeta que se juega la piel, el que desafía en cada verso y el que asegura que dejará la poesía el día que sepa de qué está hablando.

## WHITMAN RESUCITA CON PONS ALORDA

Román Piña Valls

### *FULLES D'HERBA*

Walt Whitman

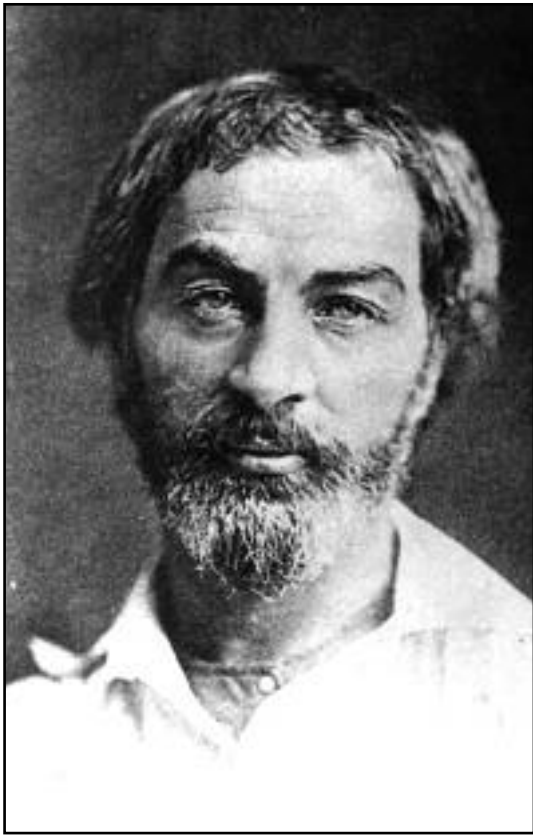
Traducción de Jaume C. Pons Alorda

Edicions 1984, 2016. Séptima edición.

576 pp, 25 €

El mallorquín Jaume C. Pons Alorda, siendo aún más joven de lo que es hoy, recibió un encargo por mediación del poeta catalán Enric Casases, un encargo que le pareció inasumible e irrenunciable a partes iguales: traducir toda la poesía de Whitman al catalán para la editorial 1984.

Poeta él mismo y licenciado en Filología Inglesa, este reto descomunal se convirtió en una breve pesadilla que se esfumó en cuanto se dijo a sí mismo que sí, que lo iba a hacer. Siguieron años de trance fructífero hasta el éxito histórico de verter al catalán, por primera vez, la obra completa de ese gigante que es Whitman. Eso es parte de lo que cuenta Jaume C. Pons Alorda en sus presentaciones/actuaciones de “Fulles d’herba”, de las que lleva docenas o cientos, con tanta pasión y la batería tan cargada, que no es de extrañar que haya



alcanzado siete ediciones. Un éxito para el que hacía falta este mágico encuentro: el de Walt Whitman y el de Jaume, porque Jaume es otro monstruo poético, otro bardo enfermo de luz y amor a la vida por la palabra.

Esta reseña la escribo más sobre cómo habla Pons Alorda de Whitman que sobre los poemas de Whitman en sí. El traductor cuenta, cuando presenta *Fulles d'herba*, que supo de Whitman siendo adolescente gracias a la película "El club de los poetas muertos", y yo entiendo que partir de entonces se fueron anudando en su vida las casualidades que le convertirían en la última reencarnación del poeta americano, consumada con esta edición de 1984. Whitman es el poeta fundador, pionero, para un mundo que renace tras un baño de sangre vertida entre hermanos. Explica con lucidez Pons que mientras la voz de Whitman inaugura una época y un

mundo, la de Baudelaire en Europa está clausurando otra y otro. La guerra civil americana fue fundacional, la Europa que clausuró Baudelaire enterraba un pellejo desangrado durante siglos.

Quien lea catalán con cierta holgura, disfrutará con esta traducción, rica y clara. Whitman se canta a sí mismo para cantarnos a todos, desafía la muerte, ama la vida, ama la muerte, ama al hombre, canta a los oficios, a las razas, a los sexos, a la naturaleza, a la guerra, a la paz, al niño y al viejo, el débil y al fuerte. Es la euforia alcanzando sin rival la expresión poética abrumadora. Nuestro catalán se carga de palabras nuevas olvidadas en el mundo cantado y perdido de Whitman, esos oficios y su herramientas, esas hierbas, plantas y árboles. Esos animales de las aguas o los bosques. Whitman reivindica el “alma robusta”, el perdón de la humanidad: “yo no hago listas de lamentaciones”. Profetiza un camino de salvación: “deixaràs de mirar a través dels ulls del morts i deixaràs d’alimentar-te de les bubotes dels llibres”. Este canto al compromiso con la vida nos recuerda el sermón insistente de Zorba a Kazantzakis —que Carlos Ciprés nos comenta en este número—, en el que reprocha al amigo escritor ser un ratón de biblioteca, el pecado de no atreverse a meterse el líos.

Otra casualidad refuerza la vigencia de Whitman: la película del año, “El renacido”, nos recuerda el extremo oficio de trampero, el mismo mundo fronterizo del poeta americano. Leemos ahora este “Fulles d’herba” empapados de sangre, de grasa y hollín, de pólvora y nieve, de la misma esperanza y ebriedad que enloquecieron hace doscientos años a Whitman. Él se enfrentó cada día de su vida, como una osa salvaje, al reto de alimentar el espíritu del hombre. Este rugido que duró cuarenta años se llama “Fulles d’herba”.

Pons Alorda es nuestro Walter White (*Breaking bad*): apostó fuerte por entregar su vida a dos mayúsculas, W. W., y ha podido contarlo.